

en un cielo imaginario ó en un infierno que se diría imaginado por el espíritu del mal, suponiendo que exista este espíritu. Por reaccion contra esta religion de otro mundo, la filosofía, de acuerdo con el protestantismo avanzado, pide que se trueque el cristianismo en una religion de este mundo. Entendámonos. No queremos limitar la vida del hombre á esta tierra, como si sólo fuera una planta destinada á florecer un dia, para confundirse luégo en la naturaleza. Si el hombre es inmortal, la vida actual no puede ser otra cosa que un eslabón de una cadena infinita; por lo tanto, debe también vivir como un sér infinito. La vida futura se liga con la presente, de la que es prolongacion y de la que en esencia no puede diferir. No hay más que una vida, infinita, progresiva, pero sin cambiar radicalmente en cuanto á las condiciones de existencia. No hay más que un mundo. El hombre debe vivir en este mundo; luego esta vida es tan santa como la futura. En este sentido decimos que la religion del porvenir será una religion de este mundo. Llenando su destino en esta vida, se preparará el hombre á entrar dignamente en la vida futura.

El cristiano del porvenir no dirá, con el apóstol y con los Padres de la Iglesia, que su patria no está aquí abajo, que no debe interesarse por esta vida pasajera ni por este mundo que va á perecer, que la política le es indiferente y que puede conquistar su salvacion lo mismo bajo un gobierno despótico que en un país libre. No conquistará su salvacion luchando por la libertad, por cuanto la salvacion para él no consistirá en una felicidad mística de la que es imposible formarse una idea, sino en el más amplio desenvolvimiento de sus facultades. Desde luégo la sociedad debe estar organizada de suerte que pueda en ella desenvolverse libremente, y, por consecuencia, la organizacion social será una de sus grandes tareas. No quiere esto decir que sea nuestro ideal una forma determinada: el mecanismo no es más que el medio, el fin supremo lo constituye el desenvolvimiento del individuo.

Una religion de este mundo reconciliará á los libres pensadores con la idea religiosa. Los hay que rechazan toda religion positiva, como causa de comprometer la libertad; y temen que el sacerdocio del cristianismo nuevo explote la credulidad humana, como la explotó el sacerdocio del cristia-

nismo tradicional. ¿Temor imaginario y pueril! ¿Cómo habrá de amenazar á la libertad la religion del porvenir, cuando esta religion se identifica con la libertad? ¿Cómo dominará el sacerdocio sobre la ignorancia y sobre la supersticion, cuando la religion nueva proscribiera toda creencia supersticiosa y cifra su mision en el desarrollo de la inteligencia? ¿Cómo temer al papado ó á un cuerpo de sacerdotes, cuando no habrá sacerdotes, sino solamente ministros de la moral elegidos por los fieles? Mejor dicho, por los ciudadanos, porque no habrá fieles desde el momento que no haya una fe obligatoria, ni siquiera habrá fe, en la vieja acepcion de la palabra, puesto que no habrá misterios ni revelacion milagrosa.

Existe todavía una Iglesia que compromete la libertad, porque es enemiga de todo libre pensamiento. Pues bien, ¿se quiere saber cuál es el medio más seguro, más infalible de facilitarle la dominacion sobre las almas que trata de recobrar? Rechazar toda religion positiva. Los libres pensadores se hacen una ilusion bien extraña si creen que toda religion positiva desaparecerá del mundo. El hombre es un sér religioso, ha dicho un escritor cristiano; ¿será esta una rañica preocupacion que se disipará ante la luz de la razon? No, cuantos creen que hay en el hombre algo más que la materia creen por lo mismo que el hombre es un sér dotado de religion, como está dotado de inteligencia y libertad. Con efecto, si hay un alma, hay también un Dios y una relacion entre el alma y Dios, por cuanto Dios es principio y fuente de las almas, las que proceden de Él y viven en Él y por Él. El lazo de las almas con Dios es la religion. Hay, pues, una religion, en el mero hecho de haber hombres. ¿Se pretende restringirla al fuero interno, dejarla sin culto y sin ministro? Esta es otra ilusion. Si el hombre fuera un sér exclusivamente espiritual, concebiríase una religion puramente interior. Mas para seres compuestos de cuerpo y alma, una religion sin manifestacion exterior sería un contrasentido. La religion es una educacion; y ¿se concibe educacion sin educador? Dios es ciertamente el gran educador y el gran legislador. ¿Serán por esto inútiles las leyes? Hay un ideal de religion, como hay un ideal de derecho. Este ideal no se realiza en ninguna legislacion ni en ninguna religion positiva. Mas porque no alcanzamos el ideal, ¿dejarémos de hacer leyes? Sin

leyes, la sociedad sería presa de la anarquía, y la anarquía conduce fatalmente al despotismo. De la misma manera, si se tratara de destruir toda religion positiva, los hombres serian presa de la supersticion, y la supersticion conduce fatalmente á la dominacion de un sacerdocio ambicioso. Que los libres pensadores miren en torno suyo, y verán que nuestras suposiciones son realidades; el abuso de la libertad ha conducido al despotismo y el abuso del libre pensamiento al ultramontanismo. No hay más que un medio de salvar á la humanidad, y es dar satisfacción á sus ansias de libertad y religion. § II. — La moral. N.º 1. — ¿Hay un progreso moral? (1). Los antiguos negaban el progreso moral; ¿quién no conoce los desconsoladores versos de Horacio? «Nuestros abuelos, peores que sus padres, diéron á luz hijos peores que ellos, y éstos, á su vez, engendraron más depravada descendencia.» Este desdeñ del presente, esta exaltacion del pasado, son de todos los tiempos, y no pasa de una ilusion que los hombres mantienen sobre un pasado visto á través de un prisma que le embellece hasta el punto de convertirlo en un ideal. Los hombres se complacen tanto más en maldecir del presente cuanto ménos posible les es forjarse ilusiones sobre los males que les afligen. En este sentido alabamos y atabaremos siempre el pasado. Pero dejando á un lado las ilusiones para consultar los hechos, la escena cambia por completo. Remontando el curso de las edades, léjos de encontrar la perfeccion, sólo imperfeccion encontraremos. La edad de oro es una invencion de la poesia; mejor dicho, la expresion de una aspiracion al progreso; no concibiendo la perfeccion en el porvenir, los antiguos la colocaron en la cuna del mundo, y los hombres han continuado embelleciendo el pasado á expensas del presente.

La degeneracion moral es un imposible. Hay progreso, de todo el mundo reconocido, en el órden intelectual y en el órden social. ¿Quién es el autor del progreso? El hombre. Si la materia está domada y la naturaleza sujeta; si la ciencia sondea

(1) Véanse los testimonios en mi *Estudio sobre la Grecia*.

el abismo de los cielos y descubre los secretos de la creacion; si los Estados se organizan sobre las bases de la libertad y la igualdad, ciertamente que tales progresos se deben á la actividad humana. ¿Y así pretende que quien por sus esfuerzos modifica sin cesar cuanto le rodea, permanezca estacionario! ¿Qué digo? ¿Se pretende que degenera! Con efecto, no hay término medio; es fuerza que el hombre ó se perfeccione ó degenera; la inmovilidad es imposible, porque la inmovilidad es la muerte. La humanidad vive; luego se mueve, sea para avanzar, sea para retroceder. Avanza en todos los dominios de su actividad. La consecuencia evidente es que el hombre moral va también perfeccionándose. El progreso material, científico, social, religioso, no se conciben sino bajo la condicion de que el hombre gane incesantemente en inteligencia, en sentimiento y en fuerza. ¿No supone esto que sus facultades morales se elevan y perfeccionan? ¿Ó se dirá que la inteligencia puede perfeccionarse al mismo tiempo que el corazón se corrompe? Suele verse esto; pero como excepcion, como monstruosidad, porque es contrario á la naturaleza. El que percibe lo verdadero, lo bello y lo bueno, siente una tendencia irresistible á realizarlo en su vida. Una inteligencia superior entregada al mal es una enfermedad asquerosa; pero la salud, y no la enfermedad, constituye el estado normal del hombre.

No puede negarse que hay progreso en las doctrinas morales; es un hecho sobre cuya prueba fuera inútil insistir después de lo que hemos dicho acerca de la religion. ¿No supone el progreso religioso un progreso moral? ¿Y no es el cristianismo una religion esencialmente moral? «Enmendaos, dice Jesucristo, porque el reino de Dios se aproxima.» Si la buena nueva ha realizado un inmenso progreso, fuerza es admitir que ha habido progreso moral, al ménos en el dominio de la doctrina. Lo mismo sucede respecto á la filosofía. Tenemos de ello un notable testimonio que merece ser citado. Invitamos á los hombres arrastrados por el pesimismo á leer la *República* de Platon. Este filósofo, el más grande de todos, se propone formular un ideal de sociedad, y hé aquí las leyes morales que da á los miembros de su ciudad: permite á los que han rebasado la edad apta para la procreacion tener un comercio libre, pero prohíbe á las mujeres dar á luz los frutos de este libertinaje. Si, á pe-

sar de sus precauciones, naciere un niño, ordena que se le abandone, porque ha nacido en una edad en que ni el cuerpo ni el espíritu tiene todo su vigor. ¿Preguntaremos ahora si todavía es esta nuestra moral? Platon tuvo por discípulo una de las inteligencias más poderosas que han aparecido sobre la tierra. Aristóteles critica con frecuencia á su maestro, y no es hombre de imaginación, contentándose y complaciéndose con el mundo tal cual es. Pero ¿es su moral más sana que la de Platon? Prohíbe criar los niños que nacieren deformes, y en caso de ser excesiva la población, ordena que se limite la fecundidad de los matrimonios. Puede leerse en el filósofo griego el medio que para ello propone, pues nosotros no nos atrevemos á transcribirlo. ¿Lo cierto es que los lectores modernos no soportarían lo que los filósofos más ilustres de la antigüedad han imaginado como una cosa moral?

La poesía de los antiguos nos revela un progreso en los sentimientos morales digno también de notarse. Homero describe la edad heroica en que reinaban la violencia y la astucia. ¿Participa el poeta de los sentimientos de sus héroes? No, es superior á ellos, y mezcla acentos de humanidad á las pasiones bárbaras de aquellos cuyas proezas canta. La moralidad de los tiempos heroicos no es la del poeta, quien más bien se hace órgano de un progreso considerable. Aquí el hecho está en armonía con la doctrina. No es Homero quien ha imaginado esta humanidad, la ha encontrado en las costumbres. En los trágicos, el progreso es aún más sensible, por el contraste que media entre las ideas de los poetas y las de los personajes que ponen en escena, trasportándonos á los siglos en que los crímenes y las desgracias se prestan maravillosamente al drama. Pero las pasiones brutales de esos tiempos bárbaros chocarían á los auditores, como repugnan á los poetas. ¿Y qué hacen? Ponen en boca de sus héroes los sentimientos de una sociedad más avanzada. Gracias á este feliz anacronismo, Sófocles hace oír sobre un teatro pagano estas palabras dignas de Cristo: "Mi corazón está hecho para participar del amor, pero no del odio.", ¡Espectáculo más admirable aún! En Roma, la ciudad guerrera y conquistadora, los sentimientos de humanidad toman un desarrollo que la Grecia, su institutriz, ni siquiera había sospechado. Sobre un teatro romano fueron pronunciadas estas palabras célebres que parecen abrir la era moderna: "Hom-

bre soy, y cuanto es propio del hombre lo considero digno de mí.", ¿Era este un pensamiento particular del poeta? No, y fué acogido por los espectadores con unánimes aplausos.

N.º 2.—Los hechos.

I.

El progreso de las doctrinas morales no puede ser por nadie puesto en duda; es un hecho, lo mismo que el progreso material ó social. Mas este progreso, se dirá, tiende al desarrollo de la inteligencia; es un progreso científico, y el de la filosofía ó de la religión no prueba el de las costumbres. Que la moral cristiana sea superior á la moral antigua, todos lo conceden; pero ¿impide esto á los discípulos de Cristo abandonarse á sus pasiones, como hacían los adoradores de Vénus? Muchas respuestas pudieran darse á esta vulgar observación. Si quiere decirse que el hombre es hoy débil, como lo era ocho mil años atrás, nadie lo negará; pero el hecho nada prueba contra el progreso moral. El hombre es un sér imperfecto, y lo será siempre, pero también perfectible. La perfectibilidad es por todos admitida, hasta por los partidarios más incorregibles del pasado. La única cuestión que resta en litigio es saber si el hombre moral mejora al mismo tiempo que el hombre intelectual se perfecciona. Acabamos de citar hechos que atestiguan que el sentimiento moral obedece, lo mismo que la inteligencia, á la ley del progreso. ¿Cómo, pues, se pretende que el hombre, cuya conciencia se esclarece, cuyo sentimiento moral se eleva, permanezca siendo un sér inmoral, corrompido, como los Bárbaros ó los salvajes, cuya conciencia se ve turbada por la ignorancia y cuyo sentimiento moral está adormecido! Esto es imposible.

Se nos piden hechos, olvidando que la moral privada está fuera del dominio de la historia. El bien se oculta y el mal se manifiesta. Hay tribunales para castigar á los criminales, pero no donde se recompensen las acciones virtuosas, y bueno es que no los haya, porque sería de temer que, al hacer pública ostentación de la virtud, se convirtiera ésta en una especulación, dejando desde entonces de existir. Solamente podemos proceder por inducción, haciendo constar el progreso en las instituciones que con la moral se relacionan, induciendo,

como consecuencia probable, el mejoramiento de la moralidad. Parecenos que la probabilidad llega á la certidumbre. ¿Cómo concebir que el hombre perfeccione las instituciones que influyen directamente sobre las costumbres, y que no alcance ninguna influencia á su desarrollo moral?

¿Es hoy el matrimonio lo que era en la antigüedad? Todo el mundo sabe que la poligamia reinaba en Oriente, y quien dice poligamia dice inmoralidad. ¡Imaginémonos las horribles escenas que pasan en los serallos! No cabe moralidad donde la mujer es esclava, donde sólo está considerada como un instrumento de placer. Luego desde que la monogamia reemplaza á esa promiscuidad legal, se realiza un progreso inmenso en las costumbres. Mejor dicho, fuerza es que se haya producido un progreso en la moralidad para que los hombres abandonen una institución que halaga las pasiones groseras. En este sentido puede decirse que el progreso es un hecho, porque sin progreso no se concebiría el perfeccionamiento del matrimonio.

Y no se limita á ello el progreso. No basta la monogamia para asegurar la moralidad del hogar doméstico, requiérese además que el matrimonio esté al abrigo de la movilidad de las pasiones humanas. En tanto que el matrimonio se ve reducido á un contrato que se rompe por disenso, no hay freno á la inconstancia del hombre. Así pasaba en Roma. La facilidad de los divorcios era tal, que, según la expresión energética de un Padre de la Iglesia, los hombres cambiaban de mujer como de camisa. Á esta prostitución legal opuso el cristianismo la indisolubilidad del matrimonio, y este dogma ha concluido por infiltrarse en nuestras costumbres. Donde el divorcio existe, sólo como excepción se le admite, y de hecho es una rara excepción. Ahora bien, ¿no supone este hecho un progreso moral? ¿No se ha requerido un desenvolvimiento moral para concebir la indisolubilidad del matrimonio? Y este principio, con el correctivo del divorcio, ¿no es una garantía de la moralidad? ¿Se cambia aún de mujer en el siglo XIX como de camisa?

Tampoco basta este progreso para que el matrimonio sea el principio de la moralidad; requiérese además que al mismo tiempo que unión de los cuerpos, lo sea también de las almas. En la doctrina cristiana, el matrimonio es sobre todo consi-

derado como remedio contra la incontinencia; así lo dice San Pablo. La Iglesia, por más que haya hecho del matrimonio un sacramento, deja siempre en pie la idea degradante que la unión de los cuerpos es una especie de mancha y que la perfección consiste en la virginidad. De aquí las aberraciones del monaquismo. El matrimonio también quedó viciado. ¿Por qué el cristianismo no ensalza al matrimonio sobre la virginidad? El vicio de su moralidad viene de ese espiritualismo extremado que, á fuerza de querer transformar á los hombres en ángeles, los mutila; el materialismo está más cerca del misticismo de lo que á primera vista parece. Y ¿es esta, preguntaremos de nuevo, la idea que tenemos nosotros del matrimonio? ¿No resalta un gran progreso en la concepción de la humanidad moderna? Realmente puede decirse que no existirá el verdadero matrimonio hasta que no sea la unión de dos almas que mutuamente se complementen. ¿Quién se atreverá á negar que el matrimonio así concebido no sea un principio de perfeccionamiento moral?

Falta para esto un último progreso que está en vías de realizarse á nuestra vista. Durante siglos la mujer ha sido esclava; házela emancipado; pero, por más que se diga, no es aún la igual del hombre. La educación que se le da tiende, por el contrario, á perpetuar su desigualdad. Trátasela como un sér inferior: para el hombre, el desarrollo intelectual, el libre pensamiento; para la mujer, la ignorancia y la superstición. ¿Cómo ha de reinar la unión de las almas donde media un abismo entre ambos esposos? Solamente cuando la mujer se eleva como un sér dotado de inteligencia será la compañera de su marido y podrá presidir al desenvolvimiento moral de sus hijos. Entónces el matrimonio será lo que debe ser, una escuela de perfeccionamiento moral, para los esposos primero, para los hijos después. Ahora bien; preguntamos por última vez: ¿no hay en esta sola idea un progreso inmenso? Para concebirla ¿no se requiere que la humanidad moderna tenga un sentimiento moral desconocido de los antiguos, desconocido hasta de Cristo, y que en todo caso falta á los cristianos más ortodoxos?

II.

Hay otra institución, inmoral en su esencia, que ha desaparecido en nuestros días: la esclavi-